

GABRIELA MISTRAL: UNA ECOLOGÍA ESTÉTICA

Fidel Sepúlveda Llanos
*Profesor y Director del Instituto de Estética,
Pontificia Universidad Católica de Chile.*

36

La visión ecológica de Gabriela Mistral tiene su base en una concepción de la realidad donde lo material, lo psíquico y lo espiritual están integrados y forman un todo indivisible. De ahí que la ecología no sea sólo la preocupación por los seres vivos sino por todo lo existente. Todo el universo está asistido por la fuerza transfiguradora y trascendente que compromete al hombre a una actitud ética y estética de respeto, solidaridad y admiración que viene de antes y va más allá de la ecología.

Gabriela Mistral's ecological view of the world is based upon a conception of reality in which its material, psychic and spiritual components are integrated forming an indivisible whole. For Mistral, ecology does not only mean a concern for all living creatures, but for all that exists. In her work, the entire universe is supported by the transcendent and transfiguring spirit which calls man to embrace an ethical and aesthetic vocation in which admiration and respect for and solidarity with the entire universe precedes and goes far beyond our contemporary concept of ecology.

La ecología en Gabriela Mistral ocurre desde el subsuelo de su cultura hispano-americana y desde el subsuelo de su infancia. Ocurre como una emergencia de su experiencia personal que acoge la emergencia de su entorno cósmico que, a su vez, recoge la diligencia creadora de Dios.

Gabriela Mistral encarna en su creación poética y ensayística la revelación de que el universo entero está animado por una vocación trascendente de creación de vida, dentro de la cual el hombre es una caña sintiente y pensante ordenada a manifestar esta vocación ontológica de aportar a la creación de formas nuevas, más finas y hondas, de diversidad y complejidad. Su pensamiento explicita la intuición de que todo lo existente está animado por un sistema de analogía entre las formas de ser de lo material, de lo psíquico y lo espiritual que se objetiva en un entramado de correspondencias entre lo del mundo, lo del hombre y lo de Dios, todo lo cual concurre a un impulso ascensional de identidad. La casa, la región, el país, el continente se alumbran y avanzan a su plenitud animados por una suerte de adicción a la trascendencia.

En esta visión la tierra es una madre, las cumbres son patrones tutelares, las aguas marcan el ritmo vital, el aire nutre y levita a lo existente, el fuego purifica y convoca intimidad de hogar. La ecología, en esta escritura mistraliana, se nutre de una estética que percibe la realidad colmada de belleza y de una ética que registra la vida modelada desde el vínculo liberador del amor.

Esta concepción se desarrollará a partir de la lectura de *Recados contando a Chile*, flanqueada por una selección de otros textos poéticos de su producción, especialmente los destinados a la infancia.

Gabriela Mistral crea una realidad trascendida y transfigurada. Es una realidad que, estando donde está, está más allá. Nada es sólo lo que la ciencia y la técnica dice que es. Siempre es algo más. Está en la frontera de otro reino o ya lo ha traspuesto. Esto es especialmente válido en relación con el reino mineral. Para una ecología que se ciñe al estudio y la defensa de los seres vivos, la piedra, el fuego de la entraña de la tierra, en rigor no tienen cabida. Pero en Gabriela Mistral, la entraña pétrea y su emergencia están vivas. No sólo eso, sino que como cordillera, se signa con el título de matriarca. Todo está, en tal visión, animado por un impulso ontológico con signo más. Este signo más está en una línea de avance por la vida. Hay una dimensión metonímica que establece una relación de todo con todo; es un sistema de correspondencia y capilaridad que vincula en inmediatez y distancia todo lo existente. Nada discurre por canales paralelos o acontece en compartimentos estancos. Una gran corriente vital anima con un proyecto común de ser a todo lo existente.

Esta realidad desbordada, salida de su cauce, constituye un infinito nicho ontológico donde las cosas del mundo son un mundo de cosas. Más que cosas son universos, ámbitos, constelaciones de realidades inexhaustibles. Por eso la ecología de Gabriela Mistral está más allá de la ecología al uso. Es una revelación de los circuitos de vida que animan la realidad total y que imbrican en su existencia lo material, lo psíquico y lo espiritual. Su raíz es estética y ética.

La realidad entera está viva y te llega como un don. Este don te compromete en el círculo virtuoso de la gratuidad. Al don no puedes no responderle y tu respuesta está dimensionada por la indimensión de lo donado. El don te colma y genera tu desborde. El don es trascendencia pura y te fecunda de trascendencia. Tú, a partir de esto, ya no eres tú, eres la trascendencia trascendiéndote, sacándote de ti para entrañarte en tu más honda entidad.

Esto a mi juicio está magistralmente dicho en su poema "Hallazgo":

Me encontré este niño
cuando al campo iba.

Dormido lo he hallado
sobre unas gavillas.

O tal vez ha sido
cruzando las viñas.

Al tocar un pámpano
toqué su mejilla.

La vida trascendida, te sale al encuentro sobre una gavilla o al tocar un pámpano, en las materias del pan y el vino por los que nos llega la vida, ésta y la otra. Ahí están no confundidas pero sí relacionadas por una contigüidad que trasciende los límites de cada ser. Nada está solo, ni solamente. Nada, es solo y solamente. Todo es con otro, con una existencia compartida. Hay una red de relaciones desde y para el otro. Por eso puede ser la viña como puede ser la gavilla. Ambas están vinculadas con la vida que madura a la vez que comienza.

Tal vida sale al encuentro. Aparentemente el niño es encontrado; pero en el fondo, en verdad, sale al encuentro como don. Aparentemente tú le donas atención y preocupación pero, en verdad, él se te dona y con esto te regresa tu capacidad instalada y desocupada de donación de ti:

...y por eso temo
al quedar dormida
se evapore como
rocío en las viñas.
(Fernández 1989: 25)

Tan simple, tan esencial, la vida es un don que te llega y así como te llega, te puede abandonar. La vida es don puro, fragilidad pura, misterio que convoca la vigilia pura, plena. La vida nos concierne y nos trasciende. Aquí la ecología no es defensa de la vida de los otros porque con esto definiendo la vida mía. No es cálculo ni reciprocidad más o menos eufemizados. Es ser trascendido por el encuentro con el ser que se trasciende como don.

Desde aquí ocurre la transfiguración. Nada es sólo una realidad. Todo está armado con células de infinito. La figura es un indicio de la cota mínima de ser. Pero en el plan cósmico todo está en hacia, como dice Zubiri. Hacia adentro de sí y hacia afuera de los otros. Nada tiene un solo sentido sino múltiples. La transfiguración es esta puesta en acto de esta disponibilidad para ser esto y lo otro. Para hacer patente y luminoso este encuentro de esto y lo otro, esta muerte-vida en que itenera todo lo existente. Esta itinerancia produce una puesta de tensión e incandescencia que signa a las realidades que están en este trance. Esto es la transfiguración, la puesta en marcha del potencial simbólico de cada realidad. Este potencial de ser uno y lo otro recorre una amplia gama que va desde la analogía y su gran red de parentalidad hasta la conversión de los opuestos, la complementariedad de lo contradictorio.

Una filosofía de la vinculación de todo con todo recorre la obra de Gabriela Mistral, una relacionalidad donde no están demarcados los límites entre lo cósmico, lo humano y lo divino. No sólo los límites sino también las jerarquías, de tal modo que lo cósmico puede devenir modélico de lo humano y generar su adoración, por ejemplo.

En la línea de la analogía y su red de parentalidad, un texto de los *Recados* nos dice que Coquimbo "es una tierra que me pareció un rostro espectral y doloroso" (*Recados* 1957 : 17). De la sal se dice: "...la sal es una especie de genio

protector que preserva a su hombre de la decadencia y la degeneración..." ; "El grumo salino feo y gris, guarda el secreto o sésamo de la fertilidad y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas, que afligen al planeta" (*Recados* 187). Complementa esta imagen el texto siguiente: "el áspero semblante mineral del país se vuelve un tendal de fruta". (*Recados* 191).

Nada es sólo mineral sino que éste está reconfigurado por lo humano y lo humano está redimensionado de modo tal que desborda su mera fase psíquica.

Pero hay un grado mayor de vinculación que la analogía y es el de la correspondencia en donde una cosa no es sólo a la manera de y desde la semejanza se comporta, pero con una distancia que veta que la inmediatez devenga fusión, sino que es parte de la otra, depende de ella en su ser y en su operar. Y aquí empieza a percibirse con mayor claridad lo distinto y distante que este sentir-comprender mistraliano está de los cánones occidentales del pensar. Nótese la diferencia de perspectiva que acusan estos textos relativos al eje hombre-tierra, cultura-natura: "Donde la tierra es bárbara de matorral ciego y de peñascos, está bárbaro el hombre, aunque tenga escuela, plazas y portadas ostentosas de haciendas". Más adelante reafirma: "Toda cultura empieza por la tierra; entre nosotros la cultura ha querido empezar por el bachillerato" y más adelante remacha: "Del agro viene una especie de código natural de economía, y los pueblos agrarios son pueblos morales por sensatez" (*Recados* 17).

A mi juicio, de lo que aquí se habla es de la experiencia humana como una experiencia estética de encarnación del cuerpo del hombre con el cuerpo de la tierra y del alma del hombre con el alma de la tierra, donde la cultura, el cultivo no va del hombre a la tierra sino de la tierra al hombre. Hay una cultura desencarnada, proveniente de la escuela y el bachillerato, que al desvincular de la tierra, al encapsular al hombre en un humanismo desencarnado, conduce a la barbarie. La tierra es la auténtica escuela que cultiva, hace culto al hombre. Lo hace más hombre por la vía de la escuela de la vida, presente en un plan de creación permanente de nuevas formas de vida informadas por una vocación irrestañable de mayor variedad y complejidad.

Esta constelación de correspondencias se ordenan en un plan orientado a clarificar y potenciar la identidad humana. Este texto es significativo a este respecto: "lo más querido de cuanto (la cordillera) nos regala son su manera de aire y su manera de luz... aquella luz no solamente orna un valle sino que nutre a las criaturas y aquel aire generoso y seco acicatea al pesado y al vivo lo pone en una vibración prodigiosa" (*Recados* 75). La luz nutre integralmente y el aire corrige y potencia el ánima y el ánimus del hombre.

Identidad como asunción del hombre en cuanto protagonista del misterio de la encarnación, encuentro creador, crecedor del cuerpo y del espíritu, es lo que declara este texto donde la salud del hombre deriva de su vinculación integral con la tierra y sus productos vitales: "raza sana de vivir la atmósfera y el arbolado, de comer y beber fruta, cereales, aceites y vinos propios" (*Recados* 128). Identidad por pertenencia a un entorno de la que podría fluir este proverbio: dime lo que comes y te dire quién eres.

Desde aquí proviene una identidad única, intransferible de una parte, y de otra, identidad animada por un aire de familia emergido de una matriz común que ha modulado su fisonomía. Tal carácter único y compartido no sólo rige al hombre sino también a las otras especies vivas. Así, audazmente señala: "para mí la novedad de cada especie frutal o floral vale tanto como la de un país" (*Recados* 227).

Cada cosa avanza en su plan de identidad. Esta identidad acontece por la vía del encuentro del hombre con su entorno y tiene un carácter ritual, sagrado: "Es voluntad de Dios que cada fruta y cada flor sean iniciaciones directas. "Saberlas" quiere decir aspirarlas y morderlas" (*Recados* 227). Esto es, experiencia de encarnación.

Esta vinculación por pertenencia ordena una jerarquía que invierte la relación en que rutinariamente situamos al hombre y a la tierra. De los labriegos de Elqui, Gabriela Mistral precisa: "Del servirse de ella (de la tierra) han pasado al servirla y al quererla" (*Recados* 113) y no sólo por buena y fecunda sino por hermosa.

Tal visión deriva directamente de la cultura india donde la tierra no pertenece al hombre sino que éste pertenece a la tierra. A este propósito señala el delito del mestizo chileno:

... creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra... hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gateo del niño, algo como una esposa por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembras y riesgos. (...) Perdiendo, pues, la propiedad de su Ceres confortante y nutridora, estas gentes perdieron cuantas virtudes tenían en cuanto a clan, en cuanto a hombres y en cuanto a simples criaturas vivas (*Recados* 83-84).

En esta visión, la tierra es madre, esposa, hija. Es el soporte y el sustento. Roto el vínculo, el hombre, simplemente, no es.

Pero Gabriela Mistral no reduce esta identidad por pertenencia a lo indígena: "Siempre ocurrió que sólo vieron una tierra dos especies de seres: el que la vive como porción de su carne en un regionalismo acérrimo de tacto a tacto y el que llegó desde lejos a ella. A causa de ser un imaginativo y en razón de su origen" (*Recados* 150). Desde aquí podríamos inferir que la identidad por vía de vinculación acontece como una real presencia del espíritu encarnado que es el hombre en un proceso infinito de ajuste entre inmediatez y distancia entre lo del cuerpo y lo del alma del hombre y de la tierra.

La visión ecológica de Gabriela Mistral es visualizable, a partir de lo expuesto anteriormente, como un sistema de proxemias o círculos concéntricos de diálogo nutricional entre el hombre y su entorno.

En este contexto, es importante apreciar cómo nos entrega su experiencia de la casa paterna. Este ámbito de intimidad, por la vía de una sinécdoque, nos dice su recepción de lo vital. Se proyecta "conversando con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado".

Rescata de la casa de la infancia un espacio-tiempo que evapora plenitud. Dirigiéndose a su madre dice: "Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios, y también por la riqueza de dolor que puedo llevar en la hondura de mi corazón, sin morir" (Fernández 98-99).

Su proyección ecológica, además, se objetiva en su experiencia del entorno local, cuajado y derramado de energía vitalizadora:

... cuando me acuerdo del valle, con ese recordar fuerte, en el cual se ve, se toca y se aspira, todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros. (*Recados* 117)

Lo máximo y lo mínimo se anudan y arman un nicho antropológico que desencadena la compleja potencialidad humana. La hondura y la finura de esta ecología la grafica este otro texto: "La flor de San Juan... ella sola me devolvería entero lo borroso, lo extraviado, lo sumido con su tacto de cutis de niño y con su olor delicado que es el comienzo de un perfume a fuerza de pudor" (*Recados* 117). La totalidad de las facultades humanas aparecen aquí siendo restituidas a su condición de plenitud por el entorno local desde sus presencias aparentemente más insignificantes.

El encuentro nutricional de hombre y mundo natural está valorado en este otro texto alusivo a su infancia campesina:

Pero los niños que de allí salimos sabemos bien, en la extranjería, qué linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes, qué ojo bebedor de luces y formas y qué oído recogedor de vientos y agua sacamos de esas aldeas que trabajan el suelo amándolo cerradamente y descansan en el paisaje con una beatitud espiritual y corporal que no conocen las ciudades letradas y endurecidas por el tráfico (*Recados* 128).

Aquí se da cuenta de una experiencia ecológica integral, tanto que florece y cuaja en "beatitud espiritual y corporal".

Proyectando al horizonte este núcleo local, Gabriela Mistral nos revela la productividad ecológica del entorno regional. A este respecto se declara "...una regionalista de mirada y de entendimiento", una enamorada de la "patria chiquita", que sirve y aúpa a la grande. (*Recados* 126). En geografía, como en amor, el que no ama minuciosamente, virtud a virtud y facción a facción, el atolondrado, que suele ser un vanidosillo, que mira conjuntos kilométricos y no conoce y saborea detalles, ni ve, ni entiende, ni ama tampoco. (*Recados* 126)

Porque "en la región, como en la hostia, está el todo; servimos a ese mínimo llamándolo el contenedor de todo, y esa miga del trigo anual que a otro hará sonreír o pasar rectamente, a nosotros nos echa de rodillas" (*Recados* 127). Ecología alumbrada por una red capilar que une lo cósmico, lo humano y lo divino; red nutrida de amor y respeto integral.

Esta baquianía para aprehender lo infinito en lo ínfimo lleva a Gabriela al reconocimiento de la valía ilimitada de su experiencia regional primigenia: porque "escribiendo, o viviendo, las imágenes nuevas me nacen siempre sobre el subsuelo de la infancia; la comparación, sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia y soy rematadamente una criatura regional" (*Recados* 127).

Sin patria chica no hay patria grande parece decir Gabriela cuando declara que "la región contiene a la patria entera, y no es su muñón, su cola o su cintura"; señala además que no entiende el patriotismo sin emoción regional. En este caso la patria vendría a ser "una operación mental para quienes no la han recorrido legua a legua, una especulación más o menos lograda, pero no una realidad vivida sino por hombres superiores" (*Recados* 126).

La parte en el todo, el todo en la parte, hay una vinculación esencial entre el nicho ecológico del hogar, del lugar, de la región, del país. Las diversas regiones del país en esta visión están animadas por gestos que las asocian a los seres vivos. Mejor dicho están animizadas. Entrañadamente animizadas. Así de la región central dirá: "Clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo el vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco y la marisma; allá vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios" (*Recados* 141).

Patria sentida tan poderosamente viva que encarna los gestos creadores de la matriz o los devoradores de la muerte: "Las patrias fuertes devoran a sus hombres para nutrirse" (*Recados* 210). Sentencia que sobrecoge y nos recuerda aquella otra española de larga data: "Esta es Castilla que cría a sus hombres e los gasta".

La palabra humana por antonomasia es la palabra encarnada: la palabra imagen, la palabra símbolo. La experiencia de vivir como encarnación de materia y espíritu, uno siendo lo otro, se presenta en plenitud cuando Gabriela Mistral nos presenta la imagen fundacional de la piedra. Aquí la piedra es mundo integrado a la entraña de lo humano: "Nosotros al decir 'cordillera' nombramos una materia porfiada y ácida, pero lo hacemos con un dejo filial, pues ella es para nosotros una criatura familiar, la matriarca original". O sea, no sólo integrada a lo humano, sino su matriz, su origen y su destino final: "El hombre nuestro, generalmente corpulento, parece piedra ondeada o peñón en reposo, y nuestros muertos duermen como piedra lajas devueltas a sus cerros" (*Recados* 228).

Esto no es sólo experiencia individual sino colectiva: "La piedra forma el respaldo de la chilenidad; ella y no un tapiz de hierba sostiene nuestros pies" (*Recados* 229). A partir de esta visión, no nos extraña este otro texto donde se precisa la

presencia paradigmática de la piedra. "Picacho soberano, más elocuente que un labio de hombre, que mis ojos no olviden ningún día contemplarte y que la diaria adoración acabe por hacerme a tu semejanza".

En este ámbito y con su misma irradiación simbólica se nos revela el elemento fuego:

Vivimos sobre el espaldar de fuego de nuestra cordillera. Las masas de granito y metal, y además la nieve impávida, nos hacen olvidar demasiado la trágica paternidad andina, nuestra geología, que se resuelve en la pelea entre la peña defensiva y el fuego combatiente... El valle central se recorre bajo la presencia constante de los volcanes, patronos verticales (*Recados* 191).

Matriarca, patronos tutelares, realidades generadoras de una diaria adoración, nos introducen en un ámbito que trasciende la geología y nos asoman a una percepción trascendente, la de nuestros ancestros indígenas. Esta es una experiencia otra de la que emana una ecología otra.

La polaridad mítica del fuego cósmico se transfiere al fuego familiar. La poetisa dirige a este fuego, cualificando su presencia: "sin ti existe la casa, pero no el hogar. Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice en torno mío el corro de niños". Mayeutica del fuego que da a luz a la maestra y a la poeta, a partir de la imagen de la muerte-vida que desde siempre ha alumbrado la llama.

Sin embargo, donde esta red entrañada de experiencia ecológica se despliega con mayor amplitud es en relación con el reino vegetal. Gabriela Mistral va por el mundo floreciendo y fructificando desde "el durazno, la viña, la higuera, un trío bíblico y clásico" (*Recados* 114), pero, dirá, "más se me aferran a la memoria los árboles salvajes del valle, que crecen sobre las crestas, en cualquier barranca y en todos los faldeos de montañas y colinas" (*Recados* 115).

La inherencia de los árboles frutales en el hombre podría verse como una proyección del hombre sobre sus criaturas, criadas por la diligencia de la cultura, por una dimensión pragmática, de afecto al árbol útil. Pero la poeta precisa que el vínculo más entrañado es por el árbol en sí, por aquel que simplemente es y en este ser deviene núcleo polarizante de la adhesión.

Entre estos árboles salvajes hay dos que destacan: el algarrobo y el espinillo. Del algarrobo dirá: "Tan árbol chileno y norteno, tan nosotros mismos por su energía... y también por su desgarrar" (*Recados* 115). No inherencia del árbol en el hombre; inherencia del hombre en el árbol.

Del espinillo, vinculándolo al algarrobo, dirá: "el algarrobo robusto y el espinillo casi siempre enteco, los dos árboles son primos hermanos verdaderos por la aridez de que crujen y por la abundancia espinosa que crea esa secredad" (*Recados* 115). Pero hay una presencia en el espinillo que convoca esta adhesión de la poeta: "cuando venía el tiempo de la flor, yo me pegaba la hora y las horas al arbolillo feo de gesto, que me retenía con su aureola de dolor" (*Recados* 116).

Opuesto complementario al mundo del árbol está el mundo de la hierba. En la atención devota a lo mínimo Gabriela Mistral demuestra la verdad de su postura. Postura de amor que ama minuciosamente la vida y nada más preciso para ejercer este amor que la aparente insignificancia. Cuidadosamente se esmera por precisar su disponibilidad para recoger la presencia de lo mínimo en estas palabras: "lo más real de la quebrada (que apenas se percibe de cerca) que no se ve de lejos: la muchedumbre de hierbas aromáticas, las hierbas apasionadas de las tierras áridas... que echan en aroma lo que no echan en bulto" (*Recados* 116). Las palabras silvestres concurren solidarias para perfilar la virtud de las hierbas silvestres y las palabras se hacen aroma para trascender y trascendernos.

El copihue le merece una atención especial. Se le revela como una especie excepcional para proyectar su percepción de la realidad material trascendida por el espíritu: "la laciudad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o lagrimea su flor" (*Recados* 225). ¡Cuánta internalización de la figura denotan estas modulaciones sustantivas y verbales! Observación largamente destilada para alcanzar este nivel eximio de fluidez presencializadora.

Todo aquí tiene gesto y ánimo de mundo prójimo, próximo, indentificado con lo humano: "La trepadora rompe la austeridad enfurruñada del bosque austral; lo desentumece y casi lo echa a hablar... menos violentas que las guacamayas, pero en bandas como ellas, las colgaduras del copihue alborotan y chillan sobre las espaldas de los matusalenes vegetales" (*Recados* 225). En este texto un fluido vital, que convoca en lo vegetal, lo animal y lo humano o que a lo humano eleva lo animal y lo vegetal, recorre la realidad toda en ánimo de vivacidad expresiva, de vocación de presencia imponente.

Presencia imponente que trasciende su estatus óntico es lo que nos entrega con las alamedas: "No es chileno quien no lleve en sus corvas siquiera cien kilómetros de alameda, y no conserve viva su habla numerosa, y no siga en sueños caminando dentro de su cintarajo estrechador" (*Recados* 247). Connubio de natura y cultura donde la una es la otra, esta imagen de alameda se lleva por delante la metáfora y avanza a presencializar el símbolo de una realidad donde lo de aquí es avanzado a lo de allá, lo contingente a lo trascendente, lo mundano a lo transmundo: "Tal vez su verde coro futurista de niños cantores sea sólo el reflejo de otra alameda inefable, que ni vemos latir, ni oímos cantar, porque está muy lejos" (*Recados* 249). A partir de este texto aquella realidad deja de estar lejos, la distancia se hace presencia, se hace inminencia.

La realidad toda, en esta perspectiva, es un solo nicho, es un solo nido ecológico, ontológico. No puede ser de otra laya cuando su poesía implora: "¡Señor, Señor! Por un hermano pido indefenso y hermoso: ¡por el nido!" (Fernández 37).

Esta parentalidad universal modela esta imagen magnífica. "No reparamos, pasando, en el resplandor cereal y frutal, no se sumergió ni se fundió, sino que entró en nosotros y ahora corre por nuestra piel en buena sangre y en nervios. La cosecha fue sólo levantada y mudada de sitio; la horizontalidad se ha vuelto vertical y camina, en nosotros mismos, cantando" (*Recados* 209).

Integrando este sistema está el agua. En relación con su presencia esencial, Gabriela Mistral clama: "Llévenme a un blando país de aguas". "Recuerdo gestos de criaturas/ y son gestos de darme agua". "Un río siempre suena cerca./ Ha cuarenta años que lo siento. Es canturía de mi sangre / o bien un ritmo que me dieron"(Mistral 1970 : 448, 517, 525). Nuestras vidas son los ríos. En esta visión el río va adentro de nosotros y nosotros vamos adentro del río.

Fraternidad, parentalidad totalizadora, inmersión que es bautismo y resurrección, como en San Francisco, en Gabriela Mistral, todos los seres son hermanos, familia real tocada por la gracia. Así los animales todos, pero sobre todo algunos. Entre estos la chinchilla.

La evocación de su historia tiene el tono de la elegía: "Antes de su persecución, ella trajinaba por las quebradas del norte y aquí acaba la Edad de Oro de la chinchilla coquimbana, cuando ella vivía en un paraíso vertical, intocada sobre nuestras cabezas, o bajaba sin miedo hasta el nivel de los higuerales". "Ella, la chinchilla, la graciosa, la modosa, la travesadora. Con finura y ternura admirable traza sus rasgos"; "el bicho roquero embohe con su modosería graciosa y una agilidad de llama"(Recados 242). "La travesadora sedosa, la bonita saltona, vale en una infancia más que los diez mil monos de Walt Disney" (Recados 242).

Gabriela sangra por la herida de la pérdida de este ejemplar nuestro, con estas palabras: "parece que nadie luchó para retener el más lindo animal que haya corrido por el espinazo de Chile, para bochorno y "mea culpa" de los que la han perdido por estupez y holgazanería" (Recados 245).

Unido a la chinchilla en aquello de "A menos fuerza, más ver y más sentir" (Recados 241) está el huemul. Como que cuando Gabriela Mistral selecciona los seres integrados de su universo, la escala partiera por lo estético, lo de la sensibilidad. La apertura y fineza de los sentidos es indicio o signo cierto de altura en la escala ontológica.

Del huemul escribe una estampa que es una gloria y una joya:

Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de los sentidos; el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. El, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. Delgado y palpitante su hocico, la mirada verdosa de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura, como de plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de la luz en una rapidez de flecha (Recados 15).

La imagen que proyecta este texto es modélica de lo que es la ecología a un nivel superior. A este nivel los diversos sistemas en que ocurre la vida están concentrados en un régimen de armonía que se objetiva en inteligencia para discernir lo de la vida y en sabiduría para avanzar al encuentro con lo inefable y misterioso.

Esto es lo que simboliza el huemul. Tiene el "ojo de agua atenta", "la mirada verdosa de recoger el bosque cincundante", "vive en la luz... tiene algo de luz..."

Por esto en su figura heráldica se encarnan, a juicio de Gabriela, nuestros mejores valores: "en la historia de Chile, los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas".

El huemul va con su entorno incorporado, con el paisaje encarnado, con el horizonte animando su trayecto-proyecto de ser. ¡Qué distinto sería nuestro mundo si el hombre hiciera otro tanto!

Pero no es así. El hombre aparece como Juan Matador y la sociedad chilena aparece cercada "por la bizca y cenicienta miseria" que "sigue corriendo por los suburbios, marchando la clara luz de Chile y rayando con su uñetada de carbón infernal la honra de las ciudades grandes y el decoro de las aldeas" (*Recados* 269). Así al Padre Hurtado nos lo presenta como "este dormido que tal vez será un desvelado y afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente" (*Recados* 269).

A esta luz la ecología de Gabriela Mistral se revela como una propuesta ética y estética. Es una operación de acupuntura que el misterio esencial que anima a todo lo existente ejerce sobre el proyecto-trayecto de ser de todo lo existente. Es una vasta operación que busca dar a luz un universo vulnerado por la bondad, por la verdad, por la belleza derramada por la tierra, por el cielo, por todo rincón existente. En este sentido la tierra entera "tiene la actitud de una mujer con un hijo en sus brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos... ésta es la verdadera imagen de la tierra" (Fernández 91).

De acuerdo a esto a la mujer se le dice: "Tú eres la colaboradora de la tierra y por eso ella te baña de gracia en la luz de cada mañana" (Fernández 48).

Pero para esto es imperativo comprender y asumir una actitud radicalmente diferente de la banal que señorea hoy al planeta: "Es frivolidad rozar la corteza de las cosas y los seres y no dejar la mirada más largamente en ellas, hasta ver que detrás de esa corteza de materia hay una raíz de espíritu que la está vivificando por siglo y siglos" (Orfeo 136).

Detrás, más abajo y más arriba hay una presencia que otorga la vida y el sentido "Dios ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que tiene la hierba al crecer" (Fernández 50).

Este ensayo ha sido elaborado a partir de la obra *Recados contando a Chile*. Nos parece que esta obra encarna una escritura ecológica y estética por su semántica pero también por su estrategia expresiva. El recado es una palabra coloquial, irrigada por la familiaridad, enraizada en el nicho antropológico del habla en presencia, desde la presencia del hablante y del entorno, palabra vulnerable a la ocurrencia o a la invención diaria de la vida. El recado es la palabra encarnada, humilde y esencial, a la que

concurren la cotidianeidad asaeteada por lo abierto e imprevisible, de ahí su riqueza, y por lo ritual, encendido por lo recurrente, de ahí su espesor de verdad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fernández, M. *Gabriela Mistral, Lecturas escolares*. Santiago: Salesiana, 1989.

Fuentes, E. *Ecología : Introducción a la teoría de las poblaciones y comunidades*. Santiago: Edic. U. Católica de Chile, 1989.

Mistral, G. *Recados contando a Chile*. Santiago: Del Pacífico, 1957.

——— *Poesías Completas*. Madrid: Aguilar, 1977.

——— *El sentido religioso de la vida*. Santiago: Orfeo, 1967.

Ricoeur, P. *Finitud y Culpabilidad*. Madrid: Taurus, 1982.

Sepúlveda, F. "Materiales para una estética del entorno." Santiago: Aisthesis, 1982.

——— "Ética, estética, ecología." Santiago: Aisthesis, 1993.

——— "Gabriela Mistral: Una estética franciscana." Santiago: Taller de Letras, 1995.